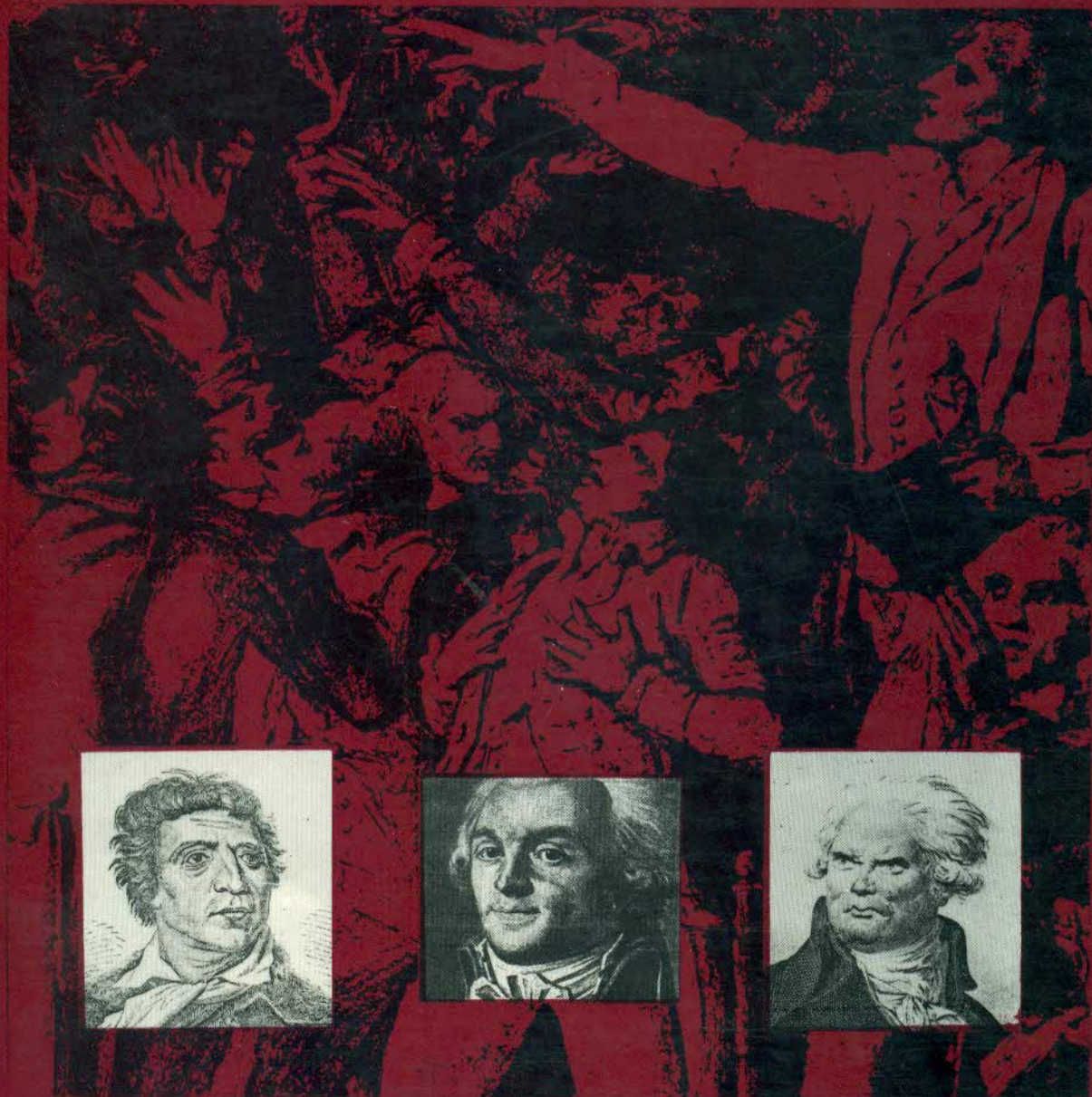


EL 93: REVOLUCION FRANCESA Y JACOBINISMO en la Independencia Americana

Lucía Sala de Tourón Alcides Beretta Curi Germán D'Elía Mario Dotta



EL 93: REVOLUCION FRANCESA Y JACOBINISMO EN LA INDEPENDENCIA AMERICANA
1993, por Universidad de la República,
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República
José Enrique Rodó 1827
Montevideo
ISBN 9974-0-0012-2
IMPRESO EN URUGUAY

PROLOGO

La Revolución Francesa ocupa un singular espacio en el ciclo de las revoluciones burguesas. Su fase jacobina mide el clímax de ese proceso, profundiza en la entraña burguesa de la revolución y se proyecta en el mundo colonial americano.

Es cierto que ese mundo colonial se conmocionó en diversos puntos del dilatado continente y en variados momentos de su historia por rebeliones y acciones de masas ... y las burocracias metropolitanas y de ultramar se inquietaron ante atrevidas propuestas de funcionarios y reformadores. Allí convergen, también, otras vertientes del pensamiento europeo y americano, y los desautorizados ejemplos innovadores de las colonias inglesas y del movimiento jacobino español ... De todos modos, el jacobinismo dotó de un "antecedente" singular a las vertientes radicales de la independencia latinoamericana.

No hay duda de la influencia que el pensamiento y la acción jacobina han tenido en el proceso americano, aun cuando pueda discutirse la magnitud de esa influencia y el sentido de la misma. Por lo pronto actuó como un poderoso instrumento de polarización: si impulsó, fortaleció o contribuyó a vertebrar las acciones de las masas populares y los programas radicales de las revoluciones americanas, actuó, a su vez, como un poderoso aglutinador de fuerzas sociales confrontadas y heterogéneas, y redundó en perfilar tempranamente un pensamiento conservador en el continente. Allí donde la irrupción de masas había adquirido en el pasado innusitada violencia, el pensamiento y la acción jacobina incidieron en definir una férrea atadura de los sectores dominantes al orden colonial.

Este pequeño volumen recoge investigaciones y algunas reflexiones en torno a esta temática. La fecha parece oportuna para atender algunas experiencias y una temática de gravitación indudable en la historia americana.

Por último queremos expresar nuestro agradecimiento al Agregado Cultural de la Embajada de Francia, profesor Daniel Lefort, por el apoyo brindado a la edición de este libro.

LOS AUTORES

EL CARIBE EN LLAMAS: ALGUNAS CONSIDERACIONES EN TORNO AL JACOBINISMO NEGRO Y LA REVOLUCION FRANCESA

ALCIDES BERETTA CURI

“... el hombre nunca sabe para quien padece y espera. Padece y espera y trabaja para gentes que nunca conocerá, y que a su vez padecerán y esperarán y trabajarán para otros que tampoco serán felices, pues el hombre ansía siempre una felicidad situada más allá de la porción que le es otorgada. Pero la grandeza del hombre está precisamente en querer mejorar lo que es. En imponerse Tareas. En el Reino de los Cielos no hay grandeza que conquistar, puesto que allá todo es jerarquía establecida, incógnita despejada, existir sin término, imposibilidad de sacrificio, reposo y deleite. Por ello, agobiado de penas y de Tareas, hermoso dentro de su miseria, capaz de amar en medio de las plagas, el hombre sólo puede hallar su grandeza, su máxima medida en el Reino de este Mundo”.

Alejo Carpentier *El Reino de este Mundo*

“En definitiva, se puede decir que cuanto más creemos en la vida, cuanto más osadía tenemos, tanto más termina de crearse el universo a su alrededor, en su realidad mística”.

Pierre Teilhard de Chardin, *Carta a su prima Marg* (12/IX/1918)

No es ésta, una historia de las revueltas y revoluciones negras en el Caribe; apenas recoge los acontecimientos más significativos que tuvieron por escenario a algunas de las sociedades coloniales de la región. No es, tampoco, un trabajo de investigación en archivos y sobre materiales inéditos; pretende, a partir de historias locales, reconstruir una historia más general de la lucha de los esclavos negros por su liberación.

La incidencia de la revolución francesa en ese Mediterráneo americano -Francia poseía varias islas en el Caribe- y la exportación ideológica de sus principios democráticos -que agentes y simpatizantes se encargaron de difundir-, alimentó con nueva savia, seculares resistencias y pronunciamientos de los esclavos.

A través de estos movimientos, del precedente independentista de los Estados Unidos, y de los posteriores de las colonias hispano-portuguesas a partir de 1808, era la América Latina toda, la que se incorporaba al ciclo de las revoluciones burguesas.

Revueltas de negros, de "franceses" y "jacobinos" fueron durante varias décadas, parte sustancial de la historia de este continente. Hoy, a dos siglos de la gran revolución europea del siglo XVIII, no parece ocioso re-mirar ese pasado desde nuestra también, crítica y convulsa contemporaneidad.

1. El Caribe: la densa trama de la esclavitud

El área caribeña se constituyó, al llegar el siglo XVIII, en un espacio de peculiares características: zona conflictiva de intereses imperiales de las potencias coloniales europeas y de las aspiraciones, tempranamente manifiestas, de las clases dominantes norteamericanas. Por otra parte se afirmó, en un largo proceso desde el siglo XVI, y particularmente del XVII, una economía de plantaciones asociada al monocultivo para la exportación y al empleo de mano de obra esclava.

Las relaciones sociales en estas culturas se tiñeron tempranamente de desequilibrios raciales afirmándose, rápidamente, el predominio de la población esclava lo que exigió rígidos códigos organizadores del trabajo y un régimen de dominación que significó, en los hechos, verdaderas dictaduras de los plantadores.

Hacia 1763 la población de las *13 colonias inglesas de Norte América* registraban un crecimiento de su población sin significativas rupturas en la relación blancos-esclavos. Desde entonces, y como un fenómeno del sur fundamentalmente, el número de esclavos comenzó a crecer rápidamente. En la década de los sesenta, los negros representaban casi el 10% en Nueva Inglaterra y colonias del centro; en Maryland y Georgia constituían un tercio de sus poblaciones; se aproximaban al 50% en Virginia, elevándose a un 70% en Carolina del Sur¹.

En la década de los setenta, los esclavos aumentaron su presencia hasta un 20% de la población total, si bien la distribución geográfica acrecentó la desigualdad, con un mayor peso en los estados sureños.

La región comprendida entre Maryland y Georgia albergaba unos 550.000 esclavos². Entre 1776 y 1790 su número en los Estados Unidos superó ligeramente el medio millón para elevarse a unos 700.000, si bien un contemporáneo le asignó una cifra algo menor, 600.000³. Siete estados -Nueva York, Nueva Jersey, Maryland, Virginia, las dos Carolinas y Georgia- figuraban con mayores concentraciones; registrándose para estas fechas el incremento más significativo en Maryland -70.000 a 100.783-, Virginia -200.000 a 292.627-, Carolina del Norte -70.000 a 100.783- y Georgia, 10.000 a 29.264⁴. Hacia el fin del siglo, recogiendo datos del padrón de 1799, se estimaba el número de esclavos en 876.626 que equivalían al 22,5% de la población de la Unión⁵; y en 1825, Humboldt registraba para los Estados Unidos una población total de 10.525.000 personas, de las cuales eran esclavos 1.665.000 (15%)⁶.

Desde fines del siglo XVII se afirmó en las *colonias francesas e inglesas del Caribe* la producción azucarera basada en la esclavitud y la consolidación de grandes haciendas, y a la que rápidamente se incorporaron otros rubros reductibles y de fuerte

exportación: añil, algodón, café y cacao. La necesidad de incorporar creciente mano de obra, y las magras respuestas a las políticas de inmigración, exigió y estimuló el tráfico de esclavos. Al firmarse el tratado de Versalles, en 1783, la población esclava del Caribe reunía, aproximadamente, 1.200.000 personas.

En 1815, para el conjunto de las *Antillas británicas* la población se estimaba en un millón de personas; de la misma, la población blanca (franceses, españoles y fundamentalmente ingleses) no superaban el 10%⁷. *Jamaica*, entre 1778 y 1817 incrementó la población esclava de 205.261 a 346.150, en tanto en 1825, los libres de color eran unos 40.000 y la población blanca 25.000⁸.

Las plantaciones azucareras absorbían, para entonces, el 75% de la población esclava, y hacia la década de 1770 reunían un promedio de unos 200 trabajadores por establecimiento. El número de esclavos creció de tal modo que se encontraban, a mediados del siglo XVIII, en una relación de 10 a 1 frente a los propietarios blancos, concentrándose un 95% en áreas rurales⁹.

Humboldt registraba para las Antillas una población de 776.500 personas en 1825, de las cuales, 626.800 (81%) eran esclavos; y para el conjunto de las islas caribeñas 2.843.000 habitantes, correspondiendo a los esclavos la cifra de 1.147.500 (40%)¹⁰.

Puerto Rico, que desde 1789 gozaba de los mismos privilegios que Cuba para importar esclavos, hacia 1828 contaba con la presencia de 32.000 que representaban alrededor del 10% de la población; y aunque quince años atrás esa proporción fuera mayor, parece exagerada la afirmación de Robin que establece una relación de 4 o 5 esclavos por blanco¹¹.

En *Cuba* la prosperidad del azúcar y del café fueron un importante estímulo demográfico, pero con ciertas peculiaridades: el incremento de la esclavitud no fue acompañado de un retraimiento de la población blanca, al menos hasta fines del siglo¹². Muy avanzada la década de 1770 los esclavos negros representaban casi un 26% con una presencia de 44.000 personas del total de 171.000 habitantes que tenía la isla¹³. Jameson convenía -según cifras oficiales- que entre 1789 y 1799 entraron a la isla 41.500 esclavos, a razón de algo más de 4.000 anuales. Y entre 1799 y la abolición de la trata por España (1817), lo hicieron unos 150.000 más, lo que equivalía a más de 10.000 esclavos por año, en tanto por vía de contrabando ingresaba un 20%¹⁴. El padrón de 1792 registraba 84.500 esclavos, que en 1817 ascendían a 225.000, y en 1827 a 286.942, elevando así su participación del 31% a más del 40% de la población¹⁵. Los datos de Humboldt atribuyen a los esclavos, hacia 1811, alrededor del 35% de la población de la isla¹⁶; por otra parte, la esclavitud cubana presentaba un alto grado de concentración urbana -aproximadamente un tercio- que la singularizaba en el Caribe¹⁷.

La *Capitanía General de Venezuela* desarrolló una economía de exportación centrada fundamentalmente en el cacao, que exigió la incorporación permanente de esclavos africanos concentrados en las grandes haciendas situadas sobre una estrecha franja costera. Los registros de ingresos recorren una gráfica ascendente seguramente hasta el último cuarto del siglo XVIII¹⁸, para decaer luego, si bien la expansión agrícola hace suponer que el ritmo debió ser sostenido¹⁹. Entre 1774 y 1807, se incorporaron a la Capitanía de Venezuela el 13,3% del total de esclavos introducidos en las Indias²⁰.

